
Un Novio Difícil

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8711

Título: Un Novio Difícil

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 17 de enero de 2026

Fecha de modificación: 17 de enero de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Un Novio Difícil

Hay dogmas terribles. Por ejemplo, defender a los amigos y defender a la mujer amada, sin entrar por el momento en mayores detalles. Quien los contraviene, tórnase presto animal inmundado, y por inclinarse a ello Larraechea perdió a su novia.

Cómo, lo supe una noche de baile en que aquél y yo estábamos parados, estorbando bastante. Las aleatorias parejas pasaban rozándose, y, al calor de cuatro vueltas, sabíamos de memoria todos los rostros.

No todos: en cierto momento noté que Larraechea no me respondía, atento a una pareja que llegaba. La joven, que escuchaba a su compañero mirándose la punta de uno y otro zapato, levantó la cabeza en el preciso instante de cruzar delante nuestro, y saludó con seria extrañeza a Larraechea. Era indudable que lo había visto de lejos. La seguimos con los ojos.

—Mona, la chica —dice—. ¿La conoces mucho?

—Bastante; ha sido novia mía.

—Es lástima que ya no lo sea más —creí agregar, colocándome vagamente en su lugar.

—¡Sí, lástima! Yo no era seguramente el hombre soñado... si los muchachos que hacían dogmas supieran por qué hemos roto... Si le interesa, se lo cuento.

»Supongo —comentó— que no tendrá mucho interés en saber cómo y dónde la conocí. Hacía ya tres meses que éramos novios, cuando una noche, aquí mismo, un individuo —ése

justamente que está con ella y parece reemplazarme con toda felicidad— se puso a mi lado; yo estaba parado por ahí, contra una cortina. Ella paseaba con no sé qué amigo de su barrio. El sujeto comentó la ocurrencia, el éxito del baile, las caras bellas, etc. Apenas me conocía, lo cual no obstaba para que me hiciera confidencias con inconsciente indiscreción de buen diablo. Así me dijo:

»—Hace un rato tenía usted una espléndida compañera.

»—¿Cree? —le respondí por decir algo.

»—¡Ya lo creo! Es muy linda —repuso—. No se habrá aburrido, ¿verdad? —agregó con malicia. Indudablemente, no sabía que era novia mía.

»—No mucho —me sonreí, sin saber adónde iba.

»—Es muy mona —reafirmó—. Lástima que haya dado que hablar.

»Supondrá el efecto que me hizo esto.

»—¿De veras? —dije.

»—¡No sé tanto! —me respondió riendo—. Dicen que es muy expresiva con alguno. Y así otras cosas.

»Ahora, le confieso que apenas lo oí, mi primera sacudida fue hacerme el ofendido y provocar al que la insultaba. Pero al mismo tiempo tuve también la conciencia plena de que yo no sentía verdaderamente eso, sino mque lo había aprendido. Mi impulso real, que salía de lo más profundo, era únicamente contra ella, sí; contra él no sentía nada. ¿Qué era él en esa súbita llamarada de celos que borraba todo, no dejándonos más que a ella y a mí? ¿Por qué me iba a insultar, el pobre diablo, si ignoraba completamente que ella era mi novia?

»Éste se fue, y, al volverme, la vi pasar detrás de mí. Por la dirección que llevaba, comprendí que acababa de levantarse, y las sillas vacías estaban a dos metros. Temí que hubiera

oído. En el resto de la noche no la sentí franca.

»Dos días después, al entrar en la sala, la madre me recibió. Hablamos un momento y pregunté por ella.

»—Ya viene —me respondió, pasando en seguida a otra cosa.

»Pero no venía e insistí.

»—Ya viene —repitió evasivamente.

»—¿Tiene algo conmigo? —le pregunté, mirándola.

»—No, nada —repuso, esquivando la vista. Se calló.

»—Creo que está resentida con usted —agregó al rato.

»Entonces no tuve duda de que había oído. Un momento después ella entró y la madre nos dejó solos. Resistióse a decirme qué tenía, negando rotundamente largo rato que sintiera nada. La ayudé y se abrió por fin diciéndome que yo había permitido que hablaran así —porque efectivamente había oído—, que cuando un hombre permite eso, no quiere; que si no se creía en ella...; que ella entendía de muy diverso modo el amor, etc., etc.

»Concilié con toda la persuasión que pude.

»—Dime —le dije al fin—. ¿Tú crees que yo te quiero?

»No me respondió. Insistí, con igual resultado.

»—¿Hubieras creído que te quiero más?

»—No sé si usted me hubiera querido más, pero un hombre que hace eso, no quiere.

»Y no hubo más. Fue tan imposible que saliera de ahí como del respaldo del piano. A los cinco minutos había concluido todo, y ahí la tiene, dejándose enamorar, en un conveniente olvido por el hombre que la insultó. ¡Feliz memoria!

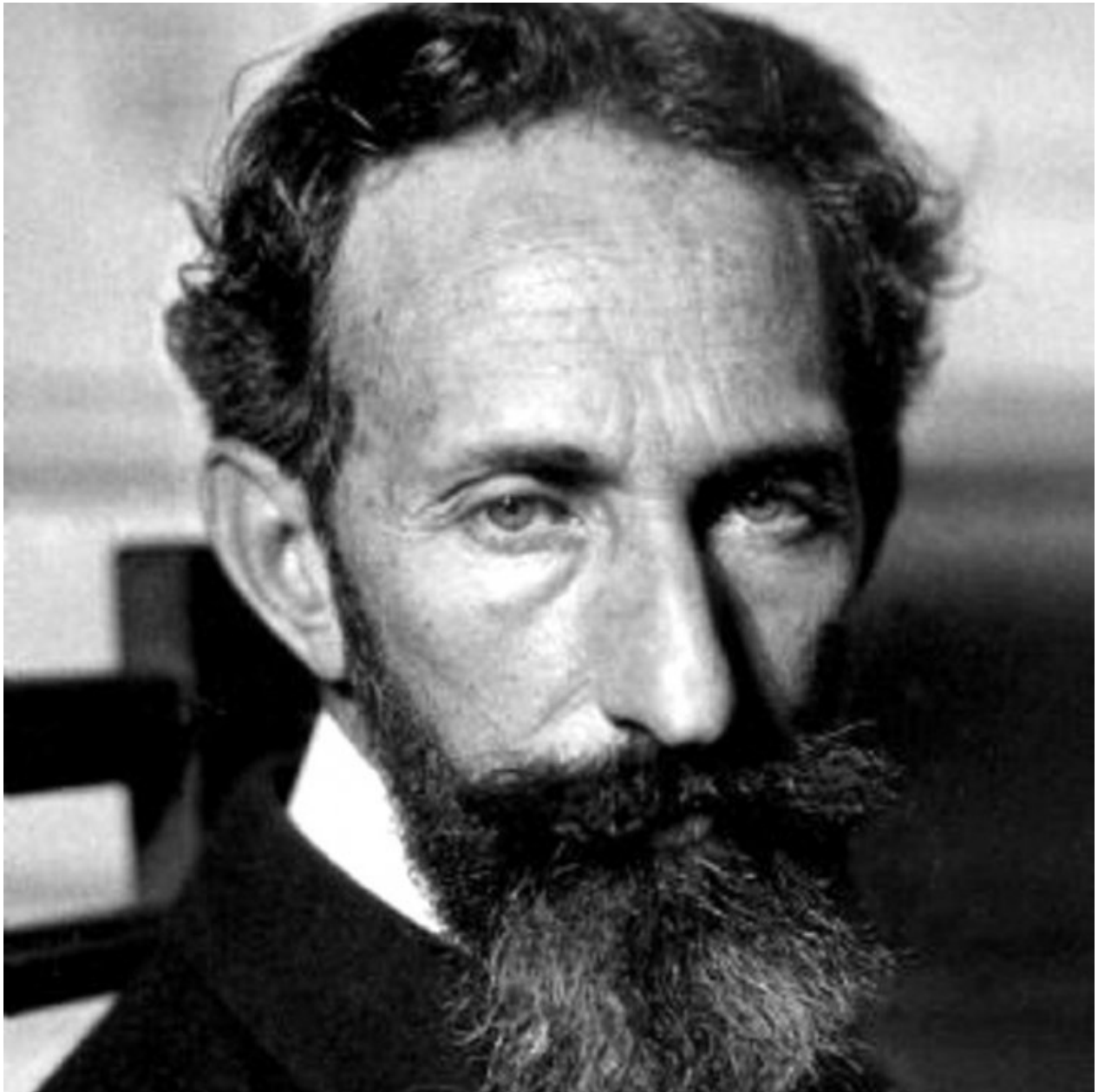
Sin embargo, sé por experiencia que es apacible evocar, mirándolo, un amor que perdimos porque quisimos y que ya no está en nosotros revivir. Así vi que Larraechea, mudo, la seguía atentamente con los ojos. Yo también la miraba.

Sin embargo, había en la historia ese algo turbio, y no pude menos que decírselo a Larraechea: sus celos, lo que había oído. Que no se ofendiera con él, perfectamente; pero con ella...

—No —me respondió, sin volver la cabeza.

Vi después que se refería a mí.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)